

SERMON

DE S. ANTONIO DE PADUA,

compuesto para predicarlo en la ciudad
de Cádiz.

*Qui autem fecerit, et docuerit, hic
magnus vocabitur in regno caelorum.*
Matth. V.

Si yo, ilustres y devotos oyentes,
cuya piedad no es inferior á la no-
bleza, y cuya sabiduría se une es-
trechamente con un gran fondo de
religion; si yo, repito, tuviera hoy
que delinear en vuestra presencia el
retrato de un grande de la tierra,
mas conocido por su nombre que por
sus virtudes; ó si para realzar la

debilidad de sus acciones necesitara
valerme de los vanos adornos de la
elocuencia humana, siguiendo el tor-
rente de la adulacion, tan universal
en nuestros dias, buscaria tal vez
entre sus ascendientes lo que desea-
ria hallar en mi héroe; cubriria sus
faltas con las glorias de aquellos; da-
ria en fin á su nacimiento los debi-
dos honores, para suplir en parte las
alabanzas que él no mereciera. Mas
para formar el verdadero elogio del
grande Antonio, cuya memoria cele-
bramos, no es menester detenerse en
éstos rasgos, mas propios para nutrir
la vanidad y entretenir el orgullo,
que para excitar la piedad y promo-
ver la edificacion; ¿A qué fin pues
ponderar la nobleza del vencedor de
la heregía, del apoyo de la iglesia,
del reformador de las costumbres, del
oráculo de los predicadores, del mar-
tillo de los rebeldes, del muro firme
de la fe, del héroe del cielo de la
honra de Dios, del arca viva del

divino testamento, como se explica con admiracion Gregorio ix? ¿ Por qué no preferirémos sus heróicas virtudes á su ilustre tronco? Olvidemos pues por esta vez el gran nombre de Bullon, de la primera nobleza de Portugal, descendiente, segun algunos, de Gofredo de Bullon, duque de Lorena y rey de Jerusalén: olvidemos asimismo el esclarecido de los Taveras, cuya ilustre descendencia por parte de su madre, segun el conde D. Pedro en su Nobiliario, viene de D. Fruela, rey de Asturias, padre de Alfonso el Casto; pues el mayor blason de estas familias es haber producido á Antonio. Como Dios no es aceptador de personas, la grandeza de su reino no se adquiere por vínculos de sangre. El que obráre y enseñáre; esto es, el sabio dedicado á la instruccion de los fieles, que obráre con arreglo á las máximas eternas que enseña, este será denominado grande en el reino de los

cielos, segun el oráculo de Jesucristo, sin que en órden á su calificacion pueda nada conducir el ser judío ó el ser griego, conforme á la sentencia del Apóstol. Todo el mérito personal estriba en la enseñanza y en las obras. A estos dos principios, apoyados con la gracia, debe Antonio su grandeza delante de Dios, y de ellos debemos concluir nosotros su verdadero elógio. Ni yo haré otra cosa que entresacar sumariamente algunos pasages de su preciosa vida, para haceros ver que Antonio fue dos veces grande; *gran sabio y gran santo*: dos reflexiones breves que dividen justamente el asunto, y que si no delicadas, como tal vez esperarais, son dignas de esta cátedra, de mi héroe, de vuestras atenciones, y de mis endebles conatos. Animad; ó Dios! mis palabras, y purificad mis labios como los de vuestro Profeta, para que dignamente pueda anunciaros glorioso en vuestros santos. Ayu-

dadme todos á pedir este beneficio, postrándoos con corazon contrito y humillado ante aquel augusto y adorable Sacramento, fuente, origen y principio fecundo de toda gracia. *Ave*

MARIA.

Qui autem fecerit &c.

La invocacion de los santos es un dogma de nuestra religion, apoyado sobre las santas escrituras y la constante tradicion de la iglesia, y esta columna y firmamento de la verdad, que ni puede engañarse ni engañarnos. Si yo hablara á un pueblo menos católico, ó menos instruido, me detendria á desvanecer las cabilaciones é imposturas de nuestros enemigos sobre la materia. Mas como tengo la satisfaccion de hablar á unos oyentes no menos herederos de la sangre, que de la fe y piedad de

sus padres y mayores, basta para confirmaros en ella, y confundir á los hereges, decir que ha sido costumbre inviolable en la iglesia venerar á los santos, é invocarlos como siervos y amigos de Dios: práctica loable, útil, santa y de todos los siglos. Veneracion que dista mucho del supremo honor y culto que solo á Dios es debido. Unicamente se veneran por sus ilustres victorias, por la gracia que los adorna, por la gloria que gozan, y por su estrecha union con Jesucristo, á quien solo se debe soberano culto. Ni se le hace injuria invocando á los santos. Adoramos á Jesucristo como á único Mediador, que intercede por nosotros á su Padre celestial, de quien siempre es oido por la reverencia que le es debida: creemos con S. Pablo que en sola su virtud omnipotente nos movemos, vivimos y somos. Mas no dudamos invocar á los santos como á sus mayores amigos y validos,

para que nos alcancen los auxilios y gracias que necesitamos para el socorro de nuestras aficciones. De aqui el culto de las santas imágenes, sobre el cual nos previene la iglesia no pongamos en ellas nuestra confianza, sino que invoquemos por ellas á sus originales para con Dios, único fundamento de nuestra esperanza, y autor de todo bien. No creemos pues que las estatuas ó imágenes encierran en sí mismas virtud alguna, como osan imputarnos los hereges, blasfemando lo que ignoran, ó afectando ignorancia para blasfemar. Las conservamos con veneracion, como conservaban los israelitas en otro tiempo el maná, la serpiente de metal, y la vara de Aaron. Esta ha sido siempre la doctrina y espíritu de la iglesia desde Abél hasta nuestros dias, en las memorias de sus mártires, en la invocacion de sus santos, en la veneracion de sus imágenes y reli-

quias. Si la ignorancia de los pueblos, ó la negligencia de sus pastores ha introducido algun abuso, éste no lo autoriza la iglesia, antes expresamente lo reprueba en el santo concilio de Trento. ¿Qué mucho pues si apoyados sobre la fe constante de nuestros mayores, veneramos é invocamos la memoria y proteccion de unos héroes que nos dieron luz con su doctrina, y nos edificaron con su exemplo? ¿Qué mucho, repito, si correspondiendo á las leyes de la gratitud, tratamos con el debido obsequio á estos ilustres personajes, que tanto se interesan por nuestra felicidad?

Con arreglo pues á estos principios, ¿cómo podremos rehusar nosotros el culto del grande Antonio, tan benemérito de la iglesia por las luces que la comunicó, y virtudes con que la enriqueció? Seguidme sin desmayar mientras yo pongo á buena luz su excelente *sabiduría* y su

rara *santidad*, conforme al plan de mi discurso. Mas ante todas cosas os debo prevenir, que cuando hablo en recomendacion de la sabiduría de Antonio, no entiendo por sabiduría las disputas de Arrio y del Liceo, el fasto de los Scépticos rígidos, la arrogancia de los Cínicos y Platónicos, la demencia de los Pirrónicos, ni la extravagancia de los Aristotélicos, copiosos y miserables frutos de la soberbia y presuncion humana, é inagotables fuentes de la ignorancia y del error. No hablo de aquella ciencia enemiga de Dios, segun S. Pablo, con que inflamados sus profesores, y enamorados de sí mismos, juzgan necesitar de telescopio ó microscopio para divisar á los demas mortales, como á viles insectos de la naturaleza. Ciegos miserables, y guias de otros ciegos, que palpando por luz las que son tinieblas, se despeñan todos en el interminable precipicio.

Hablo pues de una sabiduría, que

sin dexar de ser fruto de un profundo talento y de una constante aplicacion merezca ser llamada dón del Espíritu Santo; de una sabiduría, que radicada en el temor de Dios, se ocupe en indagar y publicar sus adorables perfecciones; de una sabiduría, que libre de la ostentacion y de la vanidad, escudriñe con diligencia las obras de la naturaleza y de la gracia á honra y gloria de su Criador. En este género de sabiduría, que debe ser mirada como la ciencia de los santos, hizo Antonio maravillosos progresos. Como Dios le destinaba por muro inexpugnable de su iglesia, le dotó de aquellos dones que debian hacerlo digno de su apostólico ministerio. Apenas sus padres, para hacerle útil á la religion y al estado, le aplicaron á la carrera de los estudios, cuando manifestó la profundidad de su talento, la claridad de sus luces, la viveza de su ingenio, y lo dócil de su voluntad

para una constante aplicacion. Bien presto, como otro Saulo, se aventaja á sus contemporáneos, que le admiraban y consultaban como á oráculo: no siendo en él menos loable su aplicacion al ejercicio de la oracion que al estudio. Los templos ó tabernáculos de Dios eran las delicias de este jóven Jacob, y las aulas que visitaba con mas frecuencia. Aquí ofrecia á Dios las primicias de su talento. Jesucristo crucificado era para Antonio un libro abierto donde aprendia sus inmensos beneficios, su infinita caridad y bondad, y sus entrañas de misericordia. Aquí se instruía en las funestas consecuencias del pecado, en la brevedad de la vida, en la estrechez de la cuenta, y rigor del juicio. Aquí oia las voces y silbos de este buen pastor, que se sacrificó por su rebaño. Estimulado de tan importantes ideas, y con el designio de ponerse á cubierto de los terribles asaltos del comun ene-

migo, y de los peligros inminentes del mundo, de la carne y de la sangre, se refugió al puerto seguro de la religion, pofesando entre los canónigos reglares de S. Agustin, extramuros de Lisboa su patria, donde florecian la virtud y las letras. Aquí empezó la carrera de los estudios mayores, con admiracion de sus condiscípulos y maestros, que miraban sus progresos en las ciencias mas como fruto de su fervoroso espíritu, que de sus tareas literarias. Bien presto se concilió la benevolencia y el séquito de aquel inmenso pueblo. Mas esto mismo sirvió á Antonio de estímulo para huir de su patria, donde temia naufragar entre el aura popular y el aplauso. Salió como otro Abraham por inspiracion divina de esta Ur de los caldeos, á buscar la soledad y el retiro en santa Cruz de Coimbra. El estudio de la teología fue, por órden de sus superiores, el objeto de los desvelos de

Antonio, y en ella, despues de haber meditado muchas veces las escrituras, la tradicion, los concilios y los padres, adquirió conocimientos tan profundos, que mereció un dia por ellos ser honrado por el mismo sumo pontífice con el glorioso título de *arca viva del testamento*: elógio que había antes dado S. Gerónimo al apóstol de las gentes S. Pablo: y yo no dudaria aplicarle el de vaso lleno de sabiduría, con mas justicia que lo atribuyó á Diógenes el grande Alexandro.

A pesar de estos conocimientos y estas luces, que á cualquier sabio de nuestros dias hubieran hecho idólatra de sí mismo, trabajaba Antonio cuidadosamente por ocultarlas, ocupándose en los empleos mas baxos de la comunidad, y estudiando en el silencio y el retiro. Mas como Dios no crió la luz para que estuviése sepultada, sino para que iluminase á los de su santa casa, y desterrase

las tinieblas, no contento con haberlo preparado para vaso de eleccion entre los hijos de Agustino, este taller de santidad y de ciencia, se dignó perfeccionarlo en la escuela de Francisco. Este grande Ananías de los últimos siglos le manifiesta las órdenes del cielo. "De parte de Dios, »le dice, estando en oracion, y por »ministerio de sus ángeles, vengo á »intimarte ser su voluntad tomes el »hábito de mi orden, pues en ella »lograrás el deseo que tienes de »aprovechar y servir á la iglesia »en la conversion de las almas." A esta sola voz obedece sin dilacion este nuevo Paulo con el rendimiento de otro Samuél. Solicita con ansia su traslacion á los menores; que consiguie venciendo dificultades. Con el hábito mudó tambien el nombre. Dios que dispuso trocar el de *Abram* en el de *Abraham*, el de *Sará* en *Sara*, el de *Jacob* en *Israél*, para los altos fines solo conocidos de su Providencia,

ordenó asimismo que mudase nuestro héroe el nombre de *Fernando* en el de *Antonio*, acaso en reverencia del grande abad y padre de las religiones, en cuya ermita fue la primera fundacion de los franciscanos de Coimbra.

¡Qué gozoso, señores, no pasaba Antonio sus días desconocido aun entre sus nuevos hermanos! Pero nuestro padre seráfico, que no menos conocía su espíritu que su sabiduría, le destinó á la enseñanza de la juventud, siendo el primero en la orden á quien dió patente de lector de teología. En el empleo de tan noble facultad se ocupó por algun tiempo en Monte Pesulano, en Padua y en Bolonia, estos grandes teatros de las ciencias. ¡Qué gloria, señores, para Antonio haber sido precursor y maestro de los Ales, de los Buenaventuras, de los Bernardinos, de los Capistranos, de los Escotos, de los Aureolos, de los Rubiones y de tantos

otros varones ilustres que han defendido y sostenido la iglesia con su pluma, con su política, y á veces con su sangre! ¿Cuánto no debes, religion sagrada, á las luces que te comunicó Antonio, ya de viva voz, ya por escrito? ¿Con cuántas lenguas no nos habla aún en la gloriosa posteridad de sus discípulos? Mientras duren los fastos de nuestra religion durará la dulce memoria de este su célebre y primer maestro.

Ni es leve argumento de su sabiduría el ministerio de la palabra en que tantas veces triunfó de los vicios y de los hereges. La defensa de nuestra religion, dice un padre de la iglesia, es la principal obligacion de un doctor cristiano. Para desempeñar Antonio este cargo, que trae consigo el sacerdocio, ya en conversaciones privadas, ya en conferencias públicas, ya de viva voz, ya por escrito, disputa continuamente con los hereges: los confunde, los convence, los atrae, los con-

vierte, sin rehusar, como Elías con los falsos profetas de Baal, el recurso á los milagros, para acreditar públicamente los misterios de nuestra religion. Guialdos y Bonivillos, monstruos de la heregía y trofeos de la sabiduría de Antonio, presentaos aqui por un momento á darme testimonio de esta verdad.

Todo concurría en Antonio á hacer irresistible su elocuencia. Robusto y sonoro metal de voz, gracia y circunspeccion en el decir, copia de doctrina, gravedad de sentencias, fuego en las expresiones, la austeridad de sus penitencias, que demostraba mudamente en su rostro, y sobre todo, la suavidad y fortaleza que derramaba Dios sobre sus labios, eran dulces cadenas que aprisionaban las almas. De aqui los numerosos concursos que seguian á Antonio arrastrados de su elocuencia; de suerte que no bastando ya los templos, las calles y las plazas, salian á formar teatro y

alfombra de las mas espaciosas campiñas. Se cierran los tribunales y audiencias, cesa el comercio como en las mayores solemnidades, los obispos, los magistrados, el clero, la milicia, todos los órdenes del pueblo concurren á porfia á participar de la celestial sabiduría de Antonio. Isócrates, Demóstenes, Eschines, Tulios, ¿cuándo vuestra elocuencia logró tantos aplausos? ¿Qué hubierais dicho al ver diez, veinte y treinta mil personas de uno y otro sexó, de todas condiciones y estados, marchar en silencio, como en procesion y en ordenanza, á oír este nuevo Crisóstomo, por cuyos labios se difundia la virtud irresistible del Espíritu Santo? ¿Qué hubierais dicho al ver las aves del cielo abatir sus vuelos, y los peces del mar levantar sus cabezas y sacudir sus colas halagüeños al imperio de Antonio, y en reverencia de la palabra de Dios despreciada por los hereges? ¿Qué hubie-

rais dicho al ver un bruto indolente postrarse con sumision á dar culto y adoracion al Sacramento al impulso de la voz de Antonio? ¿Qué hubierais dicho al ver repetido muchas veces en Roma el milagro una vez obrado en Jerusalén; esto es, que predicando Antonio en lengua toscana, fuese de todos entendido como si hablára en la de cada uno? ¿Qué hubierais dicho?..... ¿Mas para qué me canso y os molesto? Los ladrones y foragidos, cuya conversion pareció al Crisóstomo tan difícil, como que de dos que se hallaron en el sacrificio del Calvario, se convirtió uno solo, ¿no cedieron en número de veinte y dos á un solo sermón de Antonio? Por otra parte, ¿quién al leer sus escritos no se halla tocado de aquella elocuencia varonil, de aquella profunda y sublime sabiduría que le hacia triunfar de los hereges, y con que tantas veces los atraxo al seno de la iglesia? ¿Qué

mucho pues si á un héroe tan benemérito de la república cristiana le desean todos con mas razon que á Catón por su compatriota? Cada reino, cada provincia pretende pertenecerle tan precioso tesoro. Alega á su favor la España su nacimiento en Lisboa, parte la mas occidental de este reino; la Francia haber vivido en ella largo tiempo, y haber sido testigo de sus mas ilustres acciones; la Italia haber sido teatro donde difundió este sol sus luces, y depósito de sus reliquias. Gloriosa emulacion, y competencia honorífica á nuestra sagrada religion, que aún durá despues de 558 años de su feliz tránsito.

Pero esta sabiduría, estas luces, este crédito y aplauso universal, esta vigorosa y suave elocuencia, esta profundidad y vehemencia de sus escritos y racionios, ¿de qué hubieran servido á Antonio, si engreido á imitacion de los sabios de nuestros

dias y filósofos del siglo, no hubie-
ra incesantemente trabajado en dar
gloria á Dios en sus obras, santifi-
cándose á sí mismo y á todos sus her-
manos? La ciencia sin virtud no es
menos muerta que la fe sin obras,
segun la frase de S. Judas. Con ar-
reglo pues á este principio debemos
considerar los grandes conocimientos
de Antonio, y hallarémos que no es
menos recomendable por su rara *santi-*
dad que por su excelente *sabidu-*
ria. Renovad aqui vuestra atencion.
Dios quiere ser glorificado en sus
siervos.

II. Para mostraros la santidad de
Antonio no es menester, señores, que
me detenga yo á presentaros en toda
su extension el cúmulo de sus gran-
des virtudes. Esto en primer lugar
seria abusar de vuestra benevolencia
dilatándome demasiado. Por otra par-
te cada una de sus heroicas virtu-
des pide ser tratada segun su digni-
dad, y vosotros lograréis ocasiones

de oirlas á los célebres oradores de
este pueblo. No hablo pues por aho-
ra de aquella rendida obediencia, su-
perior á toda víctima delante de
Dios, y móvil de las acciones de
Antonio. No hablo de aquella humil-
dad profunda que le conduxo á juz-
gar con desprecio de sí mismo, y á
ocuparse siempre que podia en los
oficios mas baxos de la comunidad.
No hablo de su pureza, esta virtud
angélica tan singular en Antonio, que
era como una especie de contagio san-
to que inficionaba á los demas. No
hablo de la severidad de una mor-
tificacion con que este animado es-
queleto afligia á sus cansados miem-
bros, reduciéndolos á servidumbre
como otro Pablo, hasta el extremo
de no poderse mantener en los pies,
cayendo á veces de su estado. No
hablo de aquel profundo silencio, es-
ta virtud desconocida en el gran mun-
do, y fruto de la humildad, con
que supo ocultar por algun tiempo

las luces de su sabiduría, hasta ser obligado á manifestarlas por un precepto de obediencia. No hablo de su altísima contemplacion, en que gastaba gran parte de la noche, hurtando así á sus miembros el preciso descanso, para gozar en éxtasis los frutos de su fervoroso espíritu. No hablo en fin de otras virtudes que obtuvo en grado heróico. Limitome por esta vez á su celo.

Hablo de esta pasión recomendable, precioso fruto de la caridad, y estímulo de ella misma; de este deseo ardiente de la santidad; de este divino impulso, que no puede sufrir el reino del pecado, ni mirar con indiferencia los ultrajes de un Dios desconocido de los hereges é incrédulos, é injuriado de los malos cristianos. Hablo, para decirlo de una vez, de esta sed de justicia que Jesucristo coloca entre las virtudes evangélicas; de este amor generoso para con Dios; de esta ternura por el pró-

ximo, principio fecundo de tantas acciones ilustres. Este zelo prudente que suscitó en la iglesia á los Atanasios, á los Ambrosios, á los Gerónimos, á los Agustinos contra los Maniquéos, los Pelagios y los Nestorios; el que hizo salir de los desiertos de la Tebaida al patriarca de los solitarios, para confundir en Alexandria á los Arrianos, éste mismo excitó en el siglo XIII al grande Antonio contra los Albigenses, Abelardos, Almaricos, Berengarios y demas irreconciliables enemigos de la iglesia. Reflexionemos brevemente sobre el fervor de su zelo y ardor de su caridad.

¿Qué deseo de la honra y gloria de Dios no se descubre en Antonio cuando con pecho apostólico se ofrece, y pide licencia á sus superiores para ir á derramar su sangre por Jesucristo? Devora en sus deseos la corona del martirio. Se lisonjea que los marroquies, estos pueblos bárbaros, donde humeaba aún la sangre de san

cuales unos atraian con engaños á los verdaderos hijos de Israel al campo de los Moabitas; otros con las armas en las manos robaban la herencia de Jesucristo, profanando sus templos y ultrajando sus mas augustos sacramentos. Aun los católicos mismos, no menos que en nuestros dias, afeaban la iglesia con sus impurezas, la desacreditaban con escándalos, la affigian con disoluciones, con luxo, con vanidades, Para reparar tantos daños suscita Dios al grande Antonio, este nuevo Elías de los últimos siglos, que supo castigar á los falsos profetas, y contener el orgullo de los reyes impíos: este nuevo Gedeón, libertador del pueblo de Dios, que supo elevarle altares sobre las ruinas de Baal; este nuevo Daniél, á quien tuvieron respeto los mas voraces elementos, las bestias mas indóciles, y las ponzoñas mas activas; este nuevo Esdras en fin que enriqueció el templo del Señor, contribuyendo con ardiente zelo á que

la santidad correspondiese á su magnificencia exterior. A presencia de Antonio todo parece mudar de semblante en Europa. El herege es confundido, la belleza del santuario se renueva, la fe sale brillante de entre las nubes y la obscuridad; por todas partes se admira una rara emulacion de penitencia, y la religion triunfa gloriosamente á esfuerzos de su zelo. La impureza, la violencia, la irreligion, la usura, la mala fe, los juramentos, las blasfemias, todo termina con la instruccion de las verdades eternas. Reynos de España, Francia, Italia, isla de Sicilia, ciudades de Roma, de Milán, de Rimini, de Bolonia, de Padua, de Florencia y de Venecia, dadme aquí testimonio de cuánto exercitásteis el zelo de este nuevo apóstol, cuánta materia proveisteis á sus gloriosos triunfos, y cuánto á la eloquencia de los sagrados oradores.

¿Mas cómo podré yo limitar á

un discurso los esfuerzos de su ardiente zelo? ¿Qué solicitud igual á la de un hombre que pasaba el día trabajando, y la noche sin reposo? Aquí predica al pueblo, allí catequiza á los rudos; aquí disputa con los hereges, allí dirige á los perfectos; aquí socorre á los pobres, allí alivia á los enfermos. ¿Qué fatigas no sufrió en la mayor parte de Europa? ¿Cuántas veces no se vió expuesto al naufragio antes de arribar á Sicilia? ¿Cuántas no toleró el peso del día y del calor en arenales y desiertos no menos ardientes que los de Libia? ¿Con qué constancia de ánimo no se expone Antonio á las persecuciones? Peligros en las ciudades, peligros en la soledad, peligros en los caminos, peligros en los rios y mares, peligros de ladrones, peligros entre falsos hermanos; todo amenaza de muerte una vida tan preciosa. Mas su pecho apostólico desprecia todos estos peligros, no ya con ojos estóicos,

sino con el fin de ganar almas para el cielo. Ni la hambre, ni la sed, ni la violencia, ni las aguas de la ingratitude pudieron apagar jamas, ni aun disminuir su ardiente zelo y caridad. Hecho todo para todos, como otro Paulo, nada desea con mas ánsia que ser anatematizado por Cristo y por la salud de sus hermanos. Digalo la firmeza y zelo apostólico con que rompiendo por medio del ejército fue á presentarse á Excelino romano, general de Federico II, acérrimo perseguidor de la iglesia, y hombre igualmente sin religion, que inhumano. ¿Qué seria ver á este zeloso Elías á presencia de aquel otro Acab, y á este nuevo Leon á vista de aquel otro Gensérico!

Son dignas de vuestra atención, señores, las severas palabras con que le reprehende. «¿Eres tú, Excelino, »le dice, aquel romano que tiene llena »de tragedias su patria y de escándalos el mundo? ¿Eres tú aquella

»»venenosa vívora, que con ingrata
 »»crueldad rompes las entrañas de la
 »»iglesia, esta piadosa madre que te
 »»dió el sér? ¿Eres tú el fatal ins-
 »»trumento de las atrocidades, empe-
 »»rador cismático? ¿Cuándo te har-
 »»tarás de profanar altares, de abra-
 »»sar iglesias, de desflorar vírgenes,
 »»de deshonar matronas, de matar
 »»inocentes? ¿Cuándo, sangriento lobo,
 »»se apagará la sed que tienes de
 »»sangre humana? ¿Hasta cuándo abu-
 »»sarás de la paciencia de Dios, que
 »»tiene en su mano represadas las iras
 »»que merece tu fiereza? ¿Cómo no
 »»temes, bárbaro, la eternidad de
 »»tormentos que tiene bien merecidos
 »»tu crueldad y tu soberbia? Mira
 »»que te aviso de parte de Dios Om-
 »»nipotente, que si no pones freno
 »»á tus tiranías, ellas te han de pre-
 »»cipitar al abismo, y has de acabar
 »»tu mala vida con ruidoso escarmien-
 »»to." Al oír estas palabras Excelino,
 sin embargo de su altivéz y de su

orgullo, tiembla y se estremece cual otro Felix á presencia de Paulo.

Nada digo del zelo y la firmeza
 con que hizo frente al mismo gene-
 ral de la orden fray Elías, repre-
 hendiéndole delante del sumo pontí-
 fice por su inobservancia de la re-
 gla. Mas á pesar de esta fortaleza
 fue siempre incomparable la dulzura
 que usó con los pecadores. Jamas se
 vió hombre mas paciente en esperar
 su mutacion, ni mas diestro en ma-
 nejar las disposiciones de su conver-
 sion. El ódio que concebía contra el
 pecado no se extendía á los pecado-
 res. Aborrecía el vicio, no las per-
 sonas; y verdadero imitador de su
 Maestro Jesucristo, se conducía con
 dulzura y fortaleza en la conversion
 de las almas, y en lugar de sacri-
 ficar los pecadores á un ardor indis-
 creto, se sacrificaba á sí mismo por
 ellos, mortificando en su inocente
 cuerpo los pecados de sus penitentes.
 Admirable estratagemá de su zelo, ca-

ridad officiosa y ardiente, que confundirá para siempre á los hereges, que á manera de cuervos impuros solo han salido del arca de la iglesia á devorar los cuerpos de nuestros mayores, y que en lugar de derramar su sangre por el próximo han querido grabar las novedades del error con la de nuestros padres.

Juntad, señores, os ruego, todos estos rasgos en vuestra imaginacion, y juzgad si son capaces de justificar por sí mismos la sublime *sabiduría* de Antonio, y su rara *santidad*; sus profundos conocimientos en las ciencias y sus virtudes heróicas; sus trabajos apostólicos por la iglesia en la conversion de las almas, y su incomparable zelo por la honra y gloria de Dios; los gloriosos triunfos que su sabiduría consiguió de los hereges, y el generoso zelo con que expuso su vida por sus hermanos; las luces que comunicó á la mayor parte de Europa, y la mul-

titud de almas aplicadas antes por trofeo al carro del demonio, que su zelo conquistó para el cielo. Zelo fuerte, zelo compasivo, zelo prudente y arreglado, que hará siempre honor á nuestra religion. Igual desearia yo fuese el de todos mis oyentes, para no llorar el vicio extendido á manera de torrente sobre todos los estados por falta de luz y de zelo cristiano.

Sí, señores, falta de zelo juzgo que el crimen aparezca con audacia, que reyne la licencia, que domine la desenvoltura, que tengan fuerza de ley mil abusos detestables, que las máximas del mundo réprobo se hallen tan acreditadas, que la libertad en materia de costumbres carezca en el dia de límites, que marchen los pecadores levantada la cabeza, que sean oprimidos los justos, y reducidos á gemir en secreto los desórdenes del siglo. ¿Dónde estan, os ruego, los que hacen frente á los vicios, al luxo, á la vanidad, al desenfreno

miserable del otro sexó? ¿Dónde entre vosotros los que comunican á estos infelices la luz del desengaño, los que se arman de un justo zelo viendo á Dios ultrajado, quebrantados sus preceptos, su ley santa violada, sus enemigos victoriosos, y una multitud de almas desgraciadas víctimas preparadas á la ira de Dios? Y si no decidme: ¿dónde estan los Noés, los Moysés, los Samueles, los Finés, os ruego con S. Cipriano? ¡Ah! que la iniquidad abunda desde que se resfrió la caridad.

¿Mas qué digo? Aún se ignoraban tus privilegios y tus fueros, siglo ilustrado de la marcialidad; ó por mejor decir, aún no se conocia vuestro desenfreno, hombres carnales; vuestra liviandad, mugeres inmodestas. Vosotros habeis ya desaparecido, siglos religiosos, donde el zelo de la gloria de Dios era la grande ocupación de los fieles y el móvil de sus obras. En medio del diluvio de vi-

cios que inunda casi toda la tierra, apenas se halla un Noé que se dedique á proveer asilo; en medio de tanto hombre temerario, que osan blasfemar de Dios con audacia, apenas se halla un Moysés que castigue á estos sacrilegos; en medio de tanto inobediente que violan la ley santa por gusto y por costumbre, apenas se halla un padre como Job, que por ellos ofrezca sacrificios. En fin, por mas que la sensualidad, este vicio abominable, que deberia ser desconocido en el cristianismo, domine hoy la juventud, la vejez, los grandes y los pequeños; por mas que tenga establecidas academias y maestros que enseñen por principios el arte de hacerse agradables por medio de canciones meretricias, de danzas y movimientos indecentes y opuestos á la moral de Jesucristo, con todo hay raro Finés, que concibiendo horror de estos apóstoles de la desenvoltura y detestable liviandad, proscriba, des-

62 SERMONES

truya, queme sus engañosos artificios.

Omnipotente y sempiterno Dios, renovad en nuestros días el ministerio de Antonio: suscitad un sacerdote fiel, sabio, zeloso, prudente, caritativo, que trabaje con solicitud por la extension de nuestra religion y pureza de vuestro culto. Conozcan todos por tu amor que sois el Dios que hace estremecerse los desiertos, y que solo hay salud en vos, que sois la vida y la resurrección.

Y vos, santo mio, desde el sòlio de grandeza á que os elevó el buen empleo de vuestros talentos y vuestro ardiente zelo por la causa de Dios, no os desdeñéis arrojar una mirada favorable sobre vuestros devotos; alcanzadnos una gracia victoriosa que disipe las nubes de nuestro entendimiento y sujete la rebeldía de nuestro corazon, para que todos conozcamos y amemos á Jesucristo sacrificado y sacramentado por nuestro amor, cuyo augusto Nombre sea ensalzado y

VARIOS. 63

alabado desde el oriente al occidente, desde el aquilón al mediodía, por todas las generaciones y todos los siglos. Amen.